

La Agonía de Trinidad

P O R E N R I Q U E S E R P A

TRINIDAD... Topes de Collantes... He ahí dos acordes de un mismo tema, que, por causas disímiles —la pluma de un periodista y un raptó de locura de la naturaleza— se han puesto en planos de relevante actualidad. Y acaso ahora...

Pero procedamos con cautela, mejor aún: seamos escépticos, con escépticismo nacido de una experiencia amarga, dolorosamente transido de desengaños. Y digamos con premura, cual si las palabras nos quemasen la boca y nos ruborizara desempeñar el rol de aguafiesta, que la actual

relevancia de Trinidad ha de ser, como en otras ocasiones, transitoria y estéril. ¡Tal es el patético sino de la ciudad vetusta y venerable que, por ironía de la suerte, ha sido, entre todas nuestras poblaciones, la más loada, la más reverenciada, la que más fervorosos defensores ha tenido.

De tiempo en tiempo le nace a Trinidad, espontáneamente, un admirado y apasionado defensor. Se trata, casi siempre, de alguien que ha querido reposarse en su sosegado ambiente para tonificarse con el sol y el aire de sus playas o con las puras brisas de sus cumbres. Y ese hombre —no importa su profesión ni su posición, ni su cultura: basta con que posea sensibilidad—, se siente de inmediato inmerso en una atmósfera de encantamiento. Y se convierte, abogado de una buena causa, en paladín de Trinidad.

Entre los defensores de Trinidad, uno de los últimos, cronológicamente; uno de los primeros por su calidad moral y literaria, ha sido Sergio Carbó, que no hace muchas semanas fue en busca del plácido ambiente trinitario, animado tal vez por la ilusoria esperanza de abrir un oasis de descanso en su ingrata labor de periodista. Su esperanza, empero, resultó fallida. Y los que imaginó de reposo no fueron sino días de prisa febril, de ajeteos interminables, de caminatas hacia todas partes, que probablemente lo dejaron extenuado físicamente, pero con un tesoro de bellezas en las pupilas ávidas y una gran sed de justicia en su espíritu generoso. Tal es, por lo menos, la impresión que trasciende de las admirables crónicas en que merced, no a su técnica de gran periodista, sino a su pasión de criollo enamorado de un rincón de su tierra natal, ha compuesto con frases tiernas como madrigales, y con elogios que semejan declaraciones de amor, y con delirios de amante sensual, y con atisbos de sociólogo, y con trenos que parecen proferidos por un profeta encolerizado, ha compuesto, repito, un magnífico himno a Trinidad.

Y ese himno ha tenido la virtud de dar actualidad a la ciudad olvidada. ¡Lástima —y sólo yo sé con cuán recóndita angustia formulo este vaticinio—, lástima que las diáfanas crónicas de Sergio Carbó solamente hayan servido para poner un soplo de poesía, de arte y de belleza, de amor por las cosas nuestras, en el ánimo de sus lectores. Porque sobre Trinidad —yo lo dije hace ya bastante tiempo—, parece pesar un maleficio irremediable. Se diría, en verdad, que trasunta la historia de Job, puesto que, a semejanza del santo varón bíblico, tuvo riquezas y honores, ilusiones y esperanzas hasta el día en que un hado adverso, dios inmisericorde y cruel, le mandó infortunios y miserias, al modo de una lepra que habría de ir devorándola con implacable tenacidad...

De cuando en cuando brilla una esperanza para Trinidad. Es cuando se anuncia que se van a reanudar las obras en Topes de Collantes, el sanatorio que se imaginó llamado a curar los males de la ciudad. Cuando tal ocurre, las almas trinitarias se visten de fiesta y el aire vibra con una claridad de júbilo. Pero transcurren los días sin que los obreros sean llamados a trabajar, la esperanza se marchita, acaba por extinguirse, y se llega a la conclusión de que las obras permanecerán paralizadas. Se extiende entonces una sombra de luto sobre los espíritus y un aire de velorio se cierne sobre la ciudad.

Nunca olvidaré, por ello, una experiencia de mi último viaje a Trinidad. Hacía ya tres años que no visitaba yo la ciudad venerable. Y al ver que el reumático gas-car de antes había sido sustituido por un tren compuesto por cuatro vagones y una buena locomotora, me senti colmado de júbilo ante tal demostración de progreso y prosperidad. Quise compartir aquel júbilo con alguien, y dirigiéndome a un agente de la policía, que también aguardaba la salida del tren, le dije:

—Ahora es fácil la comunicación con Trinidad.

—¡Cómo no! —me respondió el hombre—. Ahora tenemos tres trenes diarios; ya no hay gas-car. La verdad es que no podemos quejarnos.

Mi júbilo se expandió en frases de entusiasmo:

—¡Eso está muy bien! Y demuestra que Trinidad tiene una situación próspera.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Vislumbre en las pupilas del hombre un destello, arrancado no se si por la ironía ante mi fácil entusiasmo, la lástima por mi tontería o quizá por su propio dolor de trinitario. Y con una inflexión que las palabras no podrían describir, se limitó a contestar:

—¿Que se cree usted eso!

Se abrió un incómodo silencio. Al cabo, el hombre lo rompió:

—Trinidad se está muriendo de hambre. Fijese que es un pueblo sin industria y que no tiene más medio de comunicación que el ferrocarril, con unos precios prohibitivos. No vale la pena sembrar, porque no tenemos a quien venderle. ¡Y pescar...! ¿Para qué pensar en eso, si el valor del pescado se va en los fletes? La única esperanza que tenemos es el sanatorio de Topes de Collantes; pero está paralizado.

—¿Como...? ¿Están paralizadas las obras del sanatorio?

—Sí, señor; totalmente paralizadas. Allí nadie trabaja, a no ser los serenos. Y este paro es la muerte de Trinidad.

Quando hubo arrancado el tren, la frase tremenda escandalizaba en mi interior. Trinidad se muere de hambre. Trinidad se muere de hambre. Trinidad se muere de hambre. Quedó en mi memoria la desgarrada frase, dura y áspera, dañina cual un reptil venenoso; lacerante y vibrátil como la flecha recién clavada en el blanco. Trinidad se muere de hambre. Trinidad se muere de hambre. Las palabras adquirieron de pronto la angustiosa resonancia fúnebre de una elegía. Y como si el mundo circundante se tornase cómplice de mi imaginación, que me jugaba una mala partida, las ruedas del tren, al resbalar sobre los rieles, semejaban salmodiar: Trinidad se muere de hambre. Trinidad se muere de hambre. Trinidad se muere de hambre. Pensé en la andrajosa senectud de la ciudad legendaria, víctima de un maleficio irremediable, donde la brisa, llegada desde los montes abruptos, guarda un eco de plañido. Pensé en la pena lancinante de sus hombres, pues antaño todo lo tuvieron y hogaño nada poseen, ni siquiera el sentido de la protesta, ni siquiera la voz para gritar su derecho a vivir. Pensé en los políticos, en los políticos de todos los partidos, que durante la campaña electoral van a loar con voz hipócrita la belleza de Trinidad, para luego volverle la espalda. Pensé en muchas cosas. Y mi espíritu no acertó a comprender por qué Trinidad —panal de lágrimas, pozo de amargura—, no se ha transformado aún en un enhiesto puño cerrado.

Las condiciones económicas de Trinidad han empeorado desde entonces. Los llamados a escuchar sus clamores de auxilio han permanecido sordos, con los oídos tapiados a cal y canto. No importa que de tiempo en tiempo se levante una voz que, tensa de indignación y húmeda de piedad, reclame protección para Trinidad: la protección necesaria para no dejarla morir. Tal vez no pasa de ser un eco clamante en el desierto, porque los oídos de los llamados a escucharla permanecen sordos, herméticamente sordos, tapiados a cal y canto.

Mientras tanto, Trinidad se va desmoronando. Y su ruina, su mugre, su miseria, su hambre la hacen no solo una víctima indefensa de la indiferencia oficial, sino, a la par, un pecado sin redención, de todos los cubanos.

Pais, Sep 15/45